

Arquidiócesis de Omaha

Declaración del Reverendísimo Elden Francis Curtiss
Arzobispo de Omaha
Diciembre 20, 2006

LA PREOCUPACION DE LA COMUNIDAD CATOLICA POR LAS FAMILIAS DE LOS TRABAJADORES INMIGRANTES HISPANOS EN NEBRASKA

Las recientes medidas de aplicación de la ley por parte de la Aplicación de las Leyes de Inmigración y Aduanales de los Estados Unidos en Omaha y Grand Island nos hacen recordar una vez más que nuestro actual sistema migratorio no funciona. Quiero expresar mi profunda preocupación por el impacto que tienen estas medidas sobre las familias de todos aquellos que son deportados. Muy a menudo los niños se quedan abandonados cuando sus padres y madres son deportados sin nadie que pueda hacerse cargo de ellos. Estas medidas de aplicación de la ley también crean miedo en la gran comunidad inmigrante y pueden causar que la gente se aisle y sea explotada. Muchas parroquias de la Arquidiócesis de Omaha atienden a nuestros hermanos y hermanas católicas que forman parte de la comunidad inmigrante, y que también se ven afectados por estas medidas.

Desde luego que el ICE (Immigration and Customs Enforcement por sus siglas en inglés) tiene la responsabilidad de hacer aplicar las leyes de nuestro país, pero no veo cómo este tipo de aplicación puede manejar adecuadamente el problema de los 12 millones de inmigrantes indocumentados que viven en los Estados Unidos. La primavera pasada mientras el Congreso debatía el asunto de inmigración, yo expresé mis puntos de vista y los de los Obispos de Los Estados Unidos en una carta que se publicó en el *Catholic Voice*. Reitero que nuestro actual sistema migratorio está seriamente dañado y requiere de una reforma integral. El sistema que empleamos actualmente es injusto por que utiliza la mano de obra de los inmigrantes indocumentados sin ofrecerles la protección de nuestras leyes. Ellos están sujetos a la explotación en sus lugares de trabajo, al abuso de traficantes sin escrúpulos y a la muerte en el desierto. El sistema actual es moralmente inaceptable y tiene que ser cambiado.

La mejor solución a este problema es la promulgación de una ley de reforma migratoria integral. Dicho proyecto de ley debería incluir 1) una vía para la residencia legal permanente para los indocumentados en el país que les permita obtener la residencia permanente al paso del tiempo; 2) un programa que permita a los trabajadores nacidos en el extranjero entrar de manera segura y legal al país, al mismo tiempo que les garantice su protección en sus lugares de trabajo; 3) una reforma migratoria basada en peticiones familiares que reduzca los tiempos de espera para la reunificación familiar; 4) la restauración de los debidos procesos legales para los inmigrantes; y 5) una política que resuelva las causas que originan la inmigración, tal como la desigualdad económica mundial.

La iglesia católica está involucrada en el debate de inmigración debido a que las enseñanzas en el Viejo y Nuevo Testamento, las encíclicas de los Papas y los documentos de los Obispos de Los Estados Unidos nos llaman a “acoger al extranjero” y a recordar que “lo que le hagas al último de mis hermanos, me lo harás a mí”.

La iglesia católica no apoya ni fomenta la inmigración ilegal. Sin embargo, una vez que el inmigrante llega entre nosotros, debe ser tratado con la dignidad y el cuidado que cada persona merece como ser humano. La iglesia reconoce el derecho de los países de controlar sus fronteras y de gobernar el número de personas que entran a través de sus fronteras. Al mismo tiempo, la iglesia nos enseña que la gente tiene el derecho a cruzar límites internacionales para huir de la represión política y del trastorno social, o bien para aliviar sus severas privaciones económicas que amenaza sus vidas y las de sus familias. Tenemos que encontrar un balance entre los asuntos humanos básicos y nuestros intereses nacionales; tenemos que proteger a los trabajadores inmigrantes que vienen a este país por que necesitan el trabajo y por que nosotros los necesitamos a ellos.